

La calle                    para el miércoles 11 de agosto de 2010  
Diario de un espectador  
Roberto Cantoral  
Miguel ángel granados chapa

Exactamente dos meses después de haber cumplido setenta y cinco años murió Roberto Cantoral, afamado compositor, intérprete en retiro y líder vitalicio de la Sociedad de autores y compositores de México.

Nacido en Ciudad Madero, o Tampico (lo mismo da, en vista de la conurbación de esos dos enclaves tamaulipecos), el 7 de junio de 1935, a los veinticinco años formó con su hermano mayor Antonio el dueto llamado precisamente Los hermanos Cantoral. Aquél compuso al menos dos piezas de gran éxito, que aun siguen cantándose, y que precedieron a las de Roberto. Antonio grabó también como solista El crucifijo de piedra y El preso número nueve:

“Cuando la estaba queriendo, cuando la estaba sintiendo todita mía, la vi partir. Me juró que regresaba, pero todo era mentira, porque ya su alma no era de mi. En la noche silenciosa, nos miramos, frente a frente, sin hablar. Ella me dijo de pronto que olvidara su cariño, que no me quería engañar. Fue bajo del crucifijo, en la torre de una iglesia, cuando la luna nos alumbró. Yo la estreché entre mis brazos, con ganas de retenerla, pero el orgullo me lo impidió. Ya solo, frente a la iglesia, y llorando, ante el Cristo fui a implorar. Y al contemplar mi tristeza, el crucifijo de piedra también se puso a llorar”.

Y:

“Al preso número nueve ya lo van a fusilar; ya está rezando en su celda con el cura del penal. Porque antes de amanecer la vida le han de quitar, porque mató a su mujer y a un amigo desleal. Padre: no me arrepiento, ni me da miedo la eternidad. Yo se que allá en el cielo el Ser supremo nos juzgará. Voy a seguir sus pasos, voy a buscarlos al más allá. El preso número nueve era un hombre muy cabal. Iba la noche del duelo muy contento a su jacal. Pero encontró a su mujer en brazos de su rival, ardió en su pecho el rencor y no se pudo aguantar. Al sonar el clarín, se formó el pelotón, y junto al paredón se oyó al preso decir. Los maté, sí señor, y si vuelvo a nacer yo los vuelvo a matar”.

El dueto de Antonio y Roberto no perduró mucho, de 1962 a 1954. Entonces Antonio se volvió solista y en 1955 Roberto formó con Leonel Gálvez y Benjamín Correa un trío, Los tres caballeros, nombre que evocaba la película de Walt Disney filmada diez años atrás para cantar a la unidad continental, encarnada en tres caballeros: uno norteamericano, el Pato Donald, otro brasileño, el cotorro José Carioca; y uno más mexicano, el gallo Pancho pistolas. En el trío, Gálvez era la primera voz, capaz de alcanzar un registro agudo inusual en esa clase de conjuntos; Correa era la

segunda voz y el encargado del requinto, que dio particularidad a sus interpretaciones: y Cantoral era la tercera voz y el proveedor de piezas a grabar.

A diferencia de su hermano Antonio, que prefirió el género del huapango para sus composiciones, Roberto escogió el bolero, una manera de la música romántica que conocía entonces su mayor auge y que encontraba en las voces y guitarras de los tríos su mejor conducto para llegar al público. Formar un trío a la mitad de los años cincuenta tenía mucho de osadía, pues brillaban en el firmamento, con varios años de antelación, Los Panchos y Los Diamantes, y despuntaban también otros ansiosos de seguir su ejemplo, como Los tres ases, Los astros. Pero las cualidades de cada uno de los caballeros, Gálvez, Correa y Cantoral les permitieron lograr en muy corto tiempo éxito fulgurante.